

Tres cuentos

Emiliano de la Rosa

VERACRUZ

Ese es el OLÍMPICO, que viene regresando después de mes y medio de haber estado fuera. No es un barco tan grande como los otros y para reconocerlo hay que buscarlo entre las chimeneas y la bruma. Había aparecido en el horizonte desde muy temprano en la mañana junto con los primeros rayos de sol, y fue adquiriendo forma poco a poco mientras se aproximaba al puerto hasta que por fin ya no hubo duda: es el OLÍMPICO, el mismo carguero que Antonio Zamudio abordó, pensando tal vez que escapaba pero un día tendría que volver.

Julián había estado ahí para esperarlo durante toda la semana pasada, sentado sobre el primer dique desde antes de que amaneciera y hasta que podía mantener abiertos los ojos, pero lo único que entonces pudo ver fueron amaneceres, uno más iluminado que el otro, enormes buques extinguiéndose en la lejanía pero del OLÍMPICO nada. Tiene la mitad de eslora que los barcos más grandes, pero se mueve con el mismo paso cansado, como si sufriera cada metro que avanza. La semana pasada Julián había venido armado con un pequeño revólver que cabía completo en la palma su mano, un Colt calibre veintidós muy bonito, con la cacha hueso, pero que era de su tío. Ahora que su tío ya se había regresado a Villahermosa, Julián tuvo que venir solamente con una navaja. Ni modo de habérselo pedido, ni modo de haberle dicho, Préstemelo para ver si viene ese cabrón, lo más seguro es que no lo mate, es nada más para asustarlo, aunque si por cualquier cosa llego a matarle ya vendrán después con usted para preguntarle por qué fue que me prestó el arma, y si sabía para qué la quería, ¿por

qué no me detuvo? Pero de todas maneras la verdad es que no pensaba usarla, era sólo para decirle, Hijo de puta... y para eso igual podía servirle su navaja. Pobre María Helena, a lo mejor ella un día sí lo quiso. Alguien tuvo que abrir las ventanas por dentro para que Antonio Zamudio se pudiera meter.

El OLÍMPICO no lleva contenedores sino que una compuerta se abre en la cubierta para llenar su depósito con costales y fardos. ¿Pero cómo decirle? ¿Cómo darle a entender, amenazarlo y que realmente se lo creyera? Había estado ahí esperando durante el tiempo suficiente sin hacer nada como para ya haber pensado en las palabras exactas, pero ahora que su barco se acerca las palabras se le agolpan, ya no tienen sentido o le parecen estúpidas: sentado sobre el primer dique, pateando piedritas al mar, mirando el revólver en su mano cuando lo tenía, apuntando a los peces y a las gaviotas, más tarde abriendo y cerrando la navaja. No, mejor ir hacia él apenas ponga un pie en tierra, sin decir una sola palabra soltarle el navajazo y luego empujarlo al agua. Seguro que entonces él solo iba a saber. Seguro que mientras Antonio Zamudio se hunde, haciendo buchec con el agua aceitosa y con su propia sangre, solito se iba acordar: lo dulce que son los labios de María Helena, del calor de su pecho cuando la tenía cerca y de los arañazos en la cara. Entonces también iba a maldecir el día que la conoció, mientras patatea y da manotazos en el agua.

En Veracruz son los amaneceres los que valen la pena. El cielo estalla en grandes flamas rojas y violetas; se miran como explosiones que se han quedado congeladas en el cielo. Pero a lo mejor su tío sí se daba cuenta y todas las

noches se despertaba para ver el hueco entre su ropa donde tenía que estar el arma, aunque prefirió quedarse callado, de esa manera aprobaba sea lo que sea que Julián iba a hacer al mismo tiempo que no asumía ninguna responsabilidad, porque finalmente hay cosas que no se pueden quedar sin castigo. También escuchaba cuando ya muy tarde por la noche Julián volvía y entraba al cuarto de puntitas para devolver el arma pero no, no otra vez, su revólver no olía a pólvora. Tuvo que ser María Helena quien abriera las ventanas por dentro para que Antonio Zamudio se pudiera meter.

Contra un cielo rojo y violeta los barcos parecen escarabajos que vuelan hacia el fuego y si Julián no hubiera estado ahí, mirando que el incendio se repite día tras día frente a sus ojos, no lo podría creer. Hay una sensación de ceniza que le viene a los labios cada que amanece. ¿Y si Zamudio también venía armado? ¿Qué tal si iba a desembarcar, él sí, armado con una pistola de buen calibre? No iba a pensar que un mes y medio era tiempo suficiente para poder olvidar y si un día pensaba volver, si de verdad venía abordo de ese barco, antes iba a tomar sus precauciones. Entonces el pequeño revólver que cabía completo en la palma de su mano parecería inofensivo, ni que decir de la navaja que en ese momento la imaginaba dócil, un trozo de metal helado, sin filo, guardado en el fondo de su pantalón. La verdad es que ella sí lo quería y si Antonio Zamudio se hubiera esperado o por lo menos se la hubiera llevado con él.

El primer dique es también el que se interna más en el mar, sentado sobre él Julián podía decir que él era el primer hombre para quien amanecía en todo el puerto, el primero a quien llegaban los nuevos rayos de sol. Pero lo que importa no es lo que un arma pueda parecer o no sino usarla. Mejor soltarle el navajazo apenas ponga un pie en tierra y luego empujarlo al mar. ¿Y después qué? ¿Subirse en uno de esos barcos? ¿Escondarse entre los contenedores y esperar hasta que el barco zarpe? Cuando el OLÍMPICO pasa frente a los astilleros hace sonar su sirena. ¿Pero para dónde? Para donde sea que el barco vaya con tal de que siempre vaya.

Mientras Julián se dirige hacia los muelles piensa que a él también le hubiera gustado trabajar a bordo de uno de esos barcos; si las cosas hubieran sido diferentes él también hubiera querido trabajar, tal vez en el cuarto de máquinas, mirar a través de esas ventanas pequeñas cuando amanece todos los días en un país distinto. Los pechos al descubierto

de María Helena. Entonces sí se iba a acordar, mientras se lleva las manos a la garganta tratando de tapan el chorro.

BARCELONA

Jean Genet repite para sí mismo: “el traje de los presidiarios es de rayas, rosa y blanco”, mientras espera a Pepe que se masturba del otro lado de la puerta, primero en su mente y después en una voz muy baja que sólo él alcanza a escuchar. O por lo menos eso fue lo que entendió que Pepe iba a hacer mientras hacía ese gesto con la mano, moviendo la muñeca de arriba a abajo y riéndose a carcajadas antes de entrar en los baños públicos. En su boca las palabras se vuelven lentas, las pronuncia sólo después de ya haberlas repetido en su mente muchas veces, “el traje de los presidiarios”, como una manera de probar y de hacer material lo que había estado guardando dentro de sí durante mucho tiempo, “rosa y blanco”.

Había conocido a Pepe el Gitano esa misma tarde jugando a las cartas. Dentro de un terreno baldío Pepe era dueño de un trozo de tela tendido sobre el polvo en el que repartía las cartas y se jugaba en cuclillas. Jean Genet no acostumbraba a jugar aunque en esta ocasión se acercó, apostó, ganó una y otra vez, pero al final se sintió mal de llevarse el dinero. Las manos de Pepe eran muy delgadas, casi femeninas. Entonces Pepe decidió por los dos que ese dinero tendrían que beberse juntos recorriendo todos los bares del barrio chino que pudieran.



De la serie Xochimilco

Jean Genet pronuncia las palabras como si éstas fueran una bocanada de aire; ya no era posible retenerlas por más tiempo, así que había que expulsarlas. Pepe era gitano, tenía las manos de una mujer, sus dedos eran largos y delgados. Como una bocanada de aire fresco después de haber contenido la respiración por más de un minuto, hasta que se vuelve insoportable, “el traje de los presidiarios es de rayas”, y entonces el aire ya regresa a los pulmones junto con una ligera sensación de alivio. Jean Genet quisiera que ellas lo llevaran hacia la muchedumbre que lo rodea como una manera de abrazar, de penetrar, de contener a cada uno de los ladrones y prostitutas del barrio chino, “rosa y blanco”, a todos los marineros, borrachos y maricas.

El cielo amenazaba con volcarse sobre ellos en una tormenta pero mientras tanto hacía un calor bochornoso. Después de haber bebido juntos por varias horas ahora era Pepe quien tenía ganas de jugar, por eso pasaron antes por los baños públicos. Pepe quería estar tranquilo, cuando las cosas van en serio. Su mano de mujer ahora mismo sobre su verga. Así no estaría pensando en otra cosa, podría mirar las cartas sobre la mesa y nada más, subir la apuesta cuando tuviera una buena mano. El cielo estaba a ras del suelo. Pepe quería desahogarse.

Que sean ellas la fuerza que lo arroja contra la muchedumbre, lo tiran al suelo, golpea seco contra la banqueteta. Se habían estado gestando durante años en su interior como un órgano nuevo atrapado entre sus pulmones. Eran lo último en lo que pensaba antes de probar dormir, las repetía igual que una oración secreta antes de él mismo lograr disolverse en el sueño. Que ellas sean sus brazos en el momento de ceñir a los pobladores de las sombras de los callejones que lo rodean. Que las palabras sean su punzón.

Pepe no se imagina que esa misma noche matará a alguien, precisamente al hombre con el que más tarde irían a jugar. Le hundirá su navaja en el pecho a la altura del corazón después de robarle su dinero. El hombre se retorcerá en el polvo, sus ojos se quedarán abiertos pero ya no mirarán hacia ninguna parte. Será ese el primer muerto que Genet vea en su vida, quiero decir en el momento exacto en que expira, su mirada se queda congelada y el estertor flota liberado en el aire, impersonal todavía por algunos segundos. El vapor que sale de su boca por las mañanas. Las palabras crueles.

Lo derriban al piso, choca con fuerza contra los adosquines, si pudiera unirse a ellos como un escupitajo. La mano de Pepe después tan ágil con la navaja, ahora mismo tan torpe y brusca sobre su verga. Es por ellas que un día

dejarán de llamarle simplemente Jean o Juan, o primero su apellido y después su nombre, seguido de un largo número de cinco cifras: su número de recluso. Escuchará un día que le llaman, por primera vez su nombre, no sabrá si voltear, le parecerá el nombre de un extraño, estarán llamando a otra persona, Jean Genet.

Quisiera abrir la puerta de una patada. Quisiera estar ahora mismo ahí dentro con Pepe. Desearía que fuera su mano en este momento. Pero entonces serán otros nombres los que no podrá evitar echar de menos, nombres que alguna vez alguien pronunció muy cerca de su oído y fueron concebidos, fueron imaginados para ser dichos únicamente cuando se tienen muy cerca; puede sentir el calor de su aliento junto con ellos, los nombres adquieren sustancia unidos a ese aliento, se vuelven espesos, uno a uno chocan contra su nuca, escurren por su cuello hacia su espalda: *Querelle de Brest, Nuestra Señora de las Flores, Milagro de la Rosa...*

Al caer la tarde también comienzan a caer las primeras gotas de lluvia. Frente a él pasan dos marineros vestidos con esas lindas camisas azules y pantalones blancos. Recargado sobre la pared junto a los baños públicos, nadie más sabe lo que él lleva consigo. Las palabras son su secreto, ahora llenan su boca, es hasta que se aproximan a su garganta amenazando escurrirse de nuevo por ahí, que las pronuncia un poco con náuseas, más bien con dolor.

Cuando Pepe por fin sale del baño no se le ve más tranquilo, tiene el rostro algo coloreado aunque le sigue sonriendo. Mientras caminan juntos a Genet le gustaría pasar su brazo por encima de los hombros de Pepe, pero ahora siente que hay algo más los separa. Se dirigen hacia su muerto sin saberlo, es posible que sus ojos queden abiertos pero ya no mirarán hacia ninguna parte. Juntos se abren paso entre una muchedumbre de marineros, putas y ladrones de todos los países del mundo. “El traje de los presidiarios es de rayas”. Palidecer, retorcerse, adquirir la tonalidad de la muerte sobre el polvo. “Rosa y blanco”.

TÁNGER

Comezón ahí todavía donde tendría que estar la mano. Hay otras cosas que también podrían ser así. Una ola empujó al barco para atrás e hizo que los cabos se tensaran, ya no hubo tiempo de quitar la mano. Los cabos se apretaron alrededor del bolardo con su mano derecha atrapada entre ellos. Tampoco sintió dolor o su dolor fue demasiado, saturó las

vías normales por donde tenía que transmitirse y se quedó atorado ahí, una bola de sufrimiento, hecho nudo: ¿En los dedos? ¿A la altura de la muñeca? ¿En el brazo? Debió de haber sido así porque también recuerda que tuvo inmensas ganas de gritar y sabe que gritó, pero él mismo ya no escuchó nada. Ese mismo día si alguien hubiera dado un grito de alarma. Una vida en adelante para ser vivida con una mano derecha y una mano izquierda. La propia vida si Ahmed no hubiera sido estibador. Alguien le hubiera avisado y Ahmed se hubiera quitado a tiempo.

¿Por qué puede sentir ahora esa mano muchas veces más que la mano que todavía tiene? Lo último que vio de ella fue que se cerraba en un puño, su mano derecha se apretó en un puño incorporado a las cuerdas. Pero tampoco podría decir que realmente un día él decidió, él nunca escogió, ¿quién prefiere ser estibador por encima de todas las cosas? Su padre no trabajó en esto mismo, Ahmed es el mayor de sus hermanos así que no tenía que seguir ningún ejemplo. Su padre, aparte de regresar a la casa casi siempre cerca de la madrugada, de tropezar con las sillas, repartir golpes y un día ya no volver, casi nunca hizo nada. Fue más bien sin saberlo, como una voluntad secreta pero no la suya. Caminaba igual que todos los días frente a los muelles cuando de pronto se detuvo para mirar por un rato desde el otro lado de la reja a esas grúas enormes, recogiendo los contenedores de los camiones, depositándolos sobre los barcos como si sólo se trataran de ladrillos. Poco tiempo después ya era él quien ocupaba el asiento de operario sobre una de esas grúas, él tenía una lámpara fosforescente para guiar a los camiones hacia los muelles, Ahmed era el encargado de anudar las cuerdas sobre los bolardos.

El hermano de su buen amigo Ibrahim murió ahogado intentando cruzar el Estrecho, desde entonces no pasa un día, dice Ibrahim, sin que su madre hable de él, de todo lo generoso y de lo bueno que era su hermano. Piensa más en ella ahora que cuando la tuvo, puede sentir su peso todavía. Su mano izquierda es sombra de la derecha, es lo que le queda, lo que le fue dispensado. Todavía siente el reflejo de cuando algo se cae o si alguien tira alguna cosa, siempre que rueda un vaso sobre la mesa Ahmed intenta detenerlo con la mano que no tiene antes de que caiga al suelo, se lleva a la cara la mano que ya no está ahí, siente comezón donde sólo hay aire.

Siempre es ese el momento más peligroso, dicen, cuando los barcos están atracando. El barco se mueve cada vez más despacio, en un momento sus hélices dejan de girar, apenas

y se desliza con el poco impulso que le queda, cualquiera diría que el barco ya no se mueve pero hay fijarse para darse cuenta de que en realidad son miles de toneladas, es un inmenso conglomerado de remaches, de planchas de acero y gasóleo lo que se mueve con tanto cuidado junto a los muelles.

Antes de desaparecer bajó las cuerdas lo último que Ahmed vio de ella fue que sus dedos se le doblaban hacia dentro. En algún tiempo y en algún lugar sus uñas tendrían que seguir creciendo, encerradas dentro de ese puño, hundiéndose sobre su palma. Está seguro de que gritó y ese mismo grito todavía se propaga aunque de una forma inaudible. Los días que él no ha vivido ahora mismo tendrían que estarse formando. ¿Quién vivirá ahora en su lugar los días después de su accidente? Fue alguien más quien decidió por él. El muñón no es solamente esa bola con la que termina su brazo (¿No hubieras preferido que me hubiera ahogado yo para que mi hermano todavía pudiera estar contigo?).

Cuando Ahmed por fin pudo volver a trabajar no podía seguir haciéndolo como estibador, así que le dieron el puesto de guardia nocturno pero ni siquiera un arma, apenas una lámpara y un silbato en el que se supone que tiene que soplar con todas sus fuerzas si descubre que alguien se ha colado en los muelles, y después esperar a que venga ayuda. Cada noche tiene que pasar tres o cuatro veces frente al bolardo donde perdió su mano.

Por la noche Ahmed recorre los muelles con su lámpara y su silbato, todos los otros guardias sí tienen un arma. Encontraron el cuerpo del hermano de Ibrahim entre unas rocas cerca de Melilla; dejó de ser el hermano de Ibrahim en algún punto en alta mar y lo único que encontraron entre las rocas, hinchado, lechoso, cubierto de cangrejos, era su cuerpo. Las cuerdas de los barcos rechinan cuando los empuja el oleaje. Ahmed camina hasta la orilla para ver que las olas golpean cada vez con más fuerza contra el muelle. Cuando hay una noche sin luna el mar desaparece, el Mediterráneo es ese hueco enorme frente a sus ojos que no tiene fin. Ahmed piensa en un día en el que el barco no fue empujado hacia atrás, las cuerdas no se apretaron sobre el bolardo, ese día el mar siempre estuvo tranquilo. Su amigo Ibrahim va a trabajar todos los días acompañado por su hermano. Si rueda un vaso sobre la mesa él puede detenerlo antes de que llegue al suelo. •

PABLO EMILIANO DE LA ROSA. Escritor y cuentista. Correo electrónico: pabloemiliano@lycos.com